

El rebaño de miseria y esperanza desfila y desfila hacia lo desconocido. ¿Qué les aguardará en el interior de este mónstruo gris y achatado que todos los días devora su ración humana? . . .

Los peregrinos pasan y pasan por el puente de madera, bajo la mirada escrutadora de la policía. ¡Ni una palabra! El ambiente es de libertad. El Hotel de emigrantes ofrece asilo á los que se presentan sin amigos y recomendaciones. Las oficinas están abiertas para los que llegan desvalidos, sin un propósito determinado. La nueva tierra les ofrece cama, alimento y el ferrocarril ó los vapores fluviales necesarios para que se trasladen al interior, donde hay demanda de brazos.

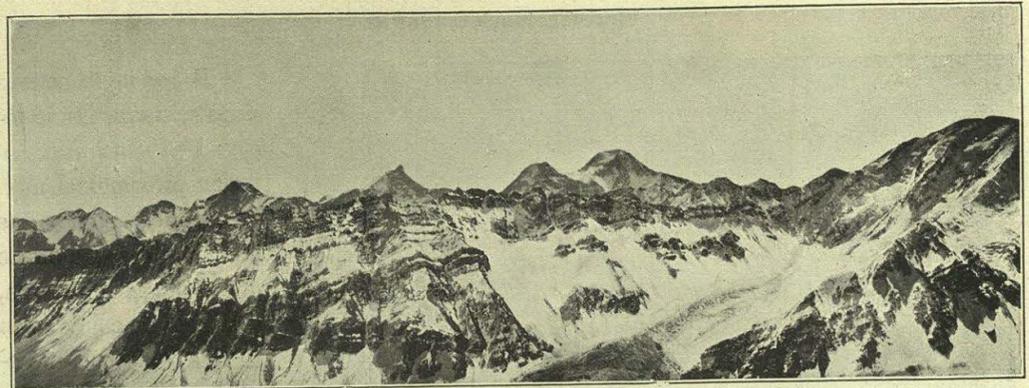
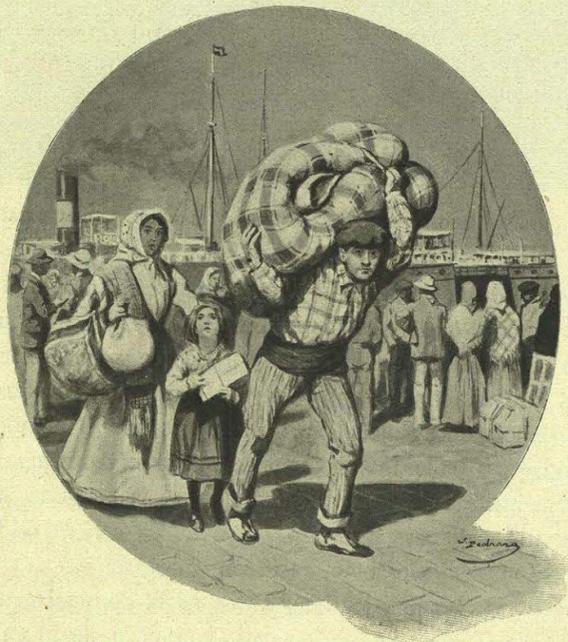
Los que llegan no encuentran obstáculos, y, sin embargo, parecen cohibidos, atemorizados.

«¡Ay, Buenos Aires! . . . ¡Tan grande! . . . ¡Tan grande! . . .»

La inmensa metrópoli sud-americana pesa sobre ellos con toda su enormidad.

Nadie echa ya la cabeza atrás con arrogancia belicosa, ni saca el pecho fanfarronamente. Las frentes se bajan á impulsos de la inquietud; las espaldas parecen encorvarse como si sintieran por adelantado el peso de una vida de laboriosidad que va á empezar.

Y los soñadores del Océano, que fantasearon las más absurdas grandezas como final de su viaje, entran á la nueva vida por un camino fácil, encontrando inmediatamente el trabajo y el pan; pero entran cabizbajos. . . como animales domados. . . como ilusos que despiertan para caer en la realidad.



CUMBRES DE LOS ANDES

EL PAÍS ARGENTINO

I

GRANDEZA DEL TERRITORIO

Si un poeta pretendiera expresar por medio de una imagen corpórea la grandeza de la República del Plata, tal vez la comparase con un gigante cuyos pies estuvieran hundidos en los hielos antárticos y la cabeza reclinada en los verdes almohadones de la selva tropical. Este coloso imponente, este Micromegas americano, tiene enormes barbas que descienden ondulantes por su busto, como las antiguas y simbólicas de los ríos; y estas barbas de plata son el Uruguay y el Paraná con toda su red de vías acuáticas, con toda su maraña de líquidas hebras, que van á fundirse en aquellas dos corrientes, magníficas y caudalosas como pedazos de mar.

Su brazo izquierdo, doblado en ángulo cual si buscara apoyar en él la frente, es la península feraz llamada la Mesopotamia argentina. Su brazo derecho tiene la dureza musculosa y saliente de un biceps hercúleo y lo forman los Andes, tendidos á lo largo de su cuerpo. La cabeza, que busca los calores del sol tropical, presenta tostadas calvicies en las mesetas semibolivianas, pero las oculta en parte bajo la hojarasca de una corona de selvas y de cañaverales de azúcar. Su pecho generoso y amplio, son las pampas, cubiertas por la vellosidad dorada de inagotables mieses. Las piernas buscan al extenderse el último extremo del mundo, y están calzadas con botas de blanco cristal, que le fabrican todos los años los hielos antárticos.

— Nuestro país es grande — dicen con entusiasmo los ciudadanos argentinos.

Sí, muy grande; enorme. Los mismos que lo afirman con satisfacción y orgullo, no se dan cuenta exacta de las proporciones de su país.



LA PENÍNSULA IBÉRICA COMPARADA CON LA REPÚBLICA ARGENTINA



EL AUTOR EN EL NORTE DE LA ARGENTINA (CHACO SALTEÑO)

Sí; la Argentina es grande, con una grandeza disforme, exagerada; «grandeza americana», que altera todas las nociones de proporción y medida de los europeos.

La distancia de París á Madrid ó de París á Roma, nos parece considerable en la vida de Europa. Salvarla en un rápido expreso es todo un viaje para nosotros. Y bien: esa misma distancia la recorren habitualmente los argentinos, sin ningún esfuerzo, entre Buenos Aires y ciudades de provincias que se consideran cercanas á la capital.

Yo hice en cierta ocasión el viaje de Constantinopla á Madrid, todo de una vez, atravesando Europa entera, de Oriente á Occidente, sin más detenciones que las indispensables para los cambios de tren, y me imaginaba que jamás había de repetir esta marcha fatigosa, ensordecedora y monótona. Sin embargo, en Argentina he hecho viajes iguales ó de mayor duración cuando, por mis tareas de conferencista literario ó por curiosidades de escritor viajero, he tenido que atravesar la República de un extremo á otro. Y no hablemos de los viajes á caballo, por tierras alejadas todavía de la onda civilizadora que parte de Buenos Aires.

Sí; la Argentina es grande. Tan favorecida y mejorada se ha visto al recibir la herencia

El argentino conoce poco su tierra. Como los ricos de Buenos Aires se hallan próximos al mar, en contacto con todas las facilidades que ofrece la navegación moderna, y sienten de continuo en su vida cómoda las atracciones del viejo mundo, siempre que experimentan la comezón de un viaje, se embarcan para Europa con rumbo á Inglaterra ó Francia: especialmente Francia. Los habitantes de las provincias ven en Buenos Aires el centro de la vida patria, y todos sus viajes son de la ciudad en que viven á la capital federal. Muy pocos argentinos, por negocios ó por placer, han corrido completamente las provincias y territorios de su enorme país.

Yo he visitado casi toda la Argentina y puedo darme cuenta de lo que significa la palabra «grande».



LA ARGENTINA AUSTRAL: UN PAISAJE DE LA TIERRA DE FUEGO

de la Naturaleza, que posee todos los climas, todas las vegetaciones y hasta todas las razas, pues la emigración vuelca en ella una muestra de cuantos pueblos existen en el planeta.

Su suelo se extiende desde donde nace el cocotero hasta donde el líquen tapiza el peñasco glacial; abarca el bosque de naranjos con sus cápsulas de oro que transforman el sol en miel, y los helechos húmedos que dormitan en una noche polar de varios meses; lo mismo el algodón y el tabaco, de cosecha exuberante, que los raquícos arbustos torcidos por los vientos helados que ramonean las ovejas en el suelo frío de la extrema Patagonia y la Tierra de Fuego.



PINGUINOS EN LA COSTA DEL CABO DE HORROS

Dentro de una misma nacionalidad, el tigre, cada vez más escaso y acobardado por la persecución del hombre, se agacha entre el ramaje del Chaco ó marca la huella de sus zarpas en el barro de los ríos de Misiones, y el lobo marino se arrastra torpemente sobre la masa cristalina y luminosa de los glaciares: el caimán se adormece bajo la caricia del sol, inmóvil como un tronco, en los esteros y bañados de las provincias del Norte, y la foca de pellejo viscoso y temblante asoma su cabeza de perro por las grietas de los canales helados: vuela el loro charlatán, ó el papagayo multicolor por entre el dédalo espinoso y verde de la selva tropical, y los torpes pingüinos de cortas alas forman cornisas inmóviles, negras y blancas, en las aristas de los peñascos que se amontonan al final del continente.

La diversidad del clima es tan grande como la variedad de la vegetación y de los organismos animales. El hombre, al amoldar su indumentaria al medio, va desde el traje blanco del plantador de caña de azúcar en las provincias del extremo Norte, hasta la capa de pieles de

guanaco que cubre la desnudez grasienta de los onas en la Tierra de Fuego.

En las inmensas llanuras del centro de la República, los campesinos guardan, en su mayoría, el traje tradicional, á pesar de los avances del cosmopolitismo, que transforma las costumbres. La necesidad de cabalgar largas horas ó de caminar por lagunas ó entre hierbales, hacen indispensables las botas altas. El chiripá, manta arrollada que cubre los

muslos como un faldellín, es útil en extremo para los jinetes de la llanura, que permanecen días enteros á caballo, aguantando el viento frío de la Pampa. El poncho es una prenda inapreciable. De día es capa para el caminante; y al llegar la noche, sirve de cálida cubierta para los que acampan á la intemperie.

Hay que hacer constar que la República Argentina, heredera mimada de la Naturaleza, es uno de los países más aprovechables del planeta. Puede decirse de su suelo que, á pesar de ser tan grande, no tiene desperdicios. Dejando aparte algunas salinas en el corazón de su territorio,

y ciertos peñascales situados al Norte y al Oeste en la falda de los Andes, todo el suelo es útil al hombre. ¡Y qué fecundidad!... La tierra parece estar llamando al trabajo con apasionados requerimientos de hembra en celo, y apenas recibe la caricia inteligente de la mano humana, devuelve sin usuras el mil por uno.

Á la grandeza geográfica del territorio argentino, hay que añadir la condición de ser todo



MARINEROS ARGENTINOS DEL OBSERVATORIO DE AÑO NUEVO (TIERRA DE FUEGO), DANDO MUERTE Á UN ELEFANTE MARINO



UNA BANDA DE PINGUINOS



UNA SELVA EN EL CHACO

raleza no repele al que llega: es una buena amiga de brazos amorosos. Ni fríos mortales, ni calores que extenuan, ni enfermedades epidémicas.

Tal vez otros países de América sean más hermosos que la Argentina, pintorescamente. Las llanuras infinitas de trigo, las inmensas praderas moteadas de reses, aparecen monótonas y acaban por hacer sentir, con su incesante repetición, un malestar semejante al del mareo. Pero los hombres que recorren el mundo ganosos de crearse una nueva vida, los que conocen especialmente el continente americano y están curados de entusiasmos ante los maravillosos espectáculos de la Naturaleza, saben á qué atenerse. La experiencia de su vida, familiarizándoles con lo hermoso, les hace preferir lo útil. Una cosa es admirar de paso la selva virgen y otra verse condenado á vivir en ella para siempre, teniendo que batirse á todas horas con las indomadas fuerzas naturales.

él aprovechable, lo que le hace aún más enorme.

Comparada la Argentina sobre el mapa con otras naciones, aparece menor que éstas. Pero la grandeza de un país no se debe apreciar con arreglo á la carta geográfica, pues hay que tener en cuenta, principalmente, lo que ese país guarda á disposición del hombre para su mantenimiento y comodidad.

Argentina es utilizable desde Norte á Sur. El hombre encuentra sitio propicio desde el Plata á los Andes, y puede detenerse para siempre y fundar una ciudad allí donde establezca su vivac de una noche. La Natu-

Un andaluz que hace años vive en América y ha recorrido casi todas sus naciones á impulsos del hereditario espíritu aventurero, cada vez que le hablan de un país de hermosas selvas, ríos majestuosos y casi inexplorados, llanuras cubiertas de intrincada vegetación, con redes de lianas, cortinas de hojarasca, exóticas flores y palmeras y cocoteros que emergen de la penumbra verdosa, para mecer en lo alto sus surtidores de plumas, contesta con graciosa sorna:

— Sí; conozco ese país: he estado en él. . . Muy bonito para tarjetas postales.

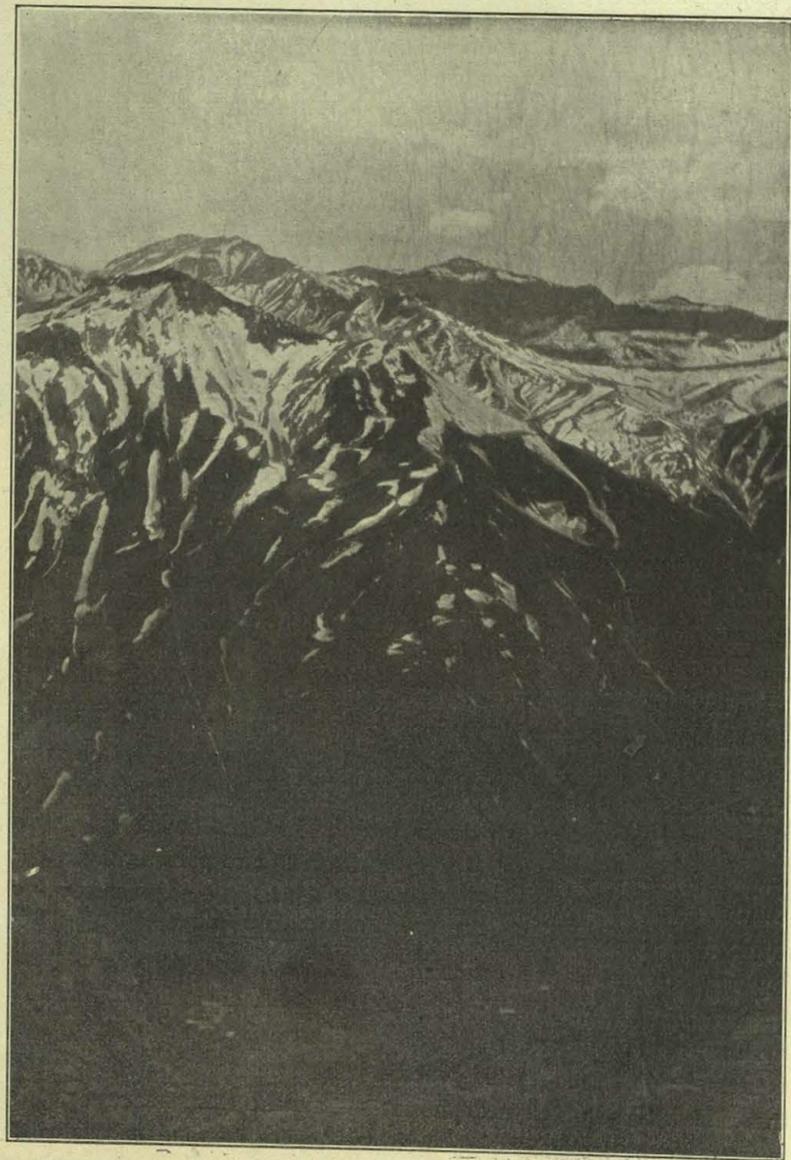
Su geografía especialísima, que tiene por base la experiencia del egoísmo, divide los países en dos clases: los que ofrecen vida tranquila, abundante y cómoda, y los que sirven «para ilustrar tarjetas postales».

Yo, que he visto de cerca países del Trópico de maravillosa belleza, reconozco que no son del todo infundadas las originales afirmaciones del andariego andaluz. La Naturaleza es exce-

lente y simpática cuando está educada, cuando el trato con el hombre ha ido desgastando y puliendo las asperezas de su belleza primitiva. Pero, ¡ay, la Naturaleza en plena libertad! . . .

La primera vez que caminé por una selva del Trópico creí soñar, ó haber despertado en un mundo nuevo, extraordinario. Pero desvanecido el encanto de la novedad, á las pocas horas, pensaba con terror en la perspectiva de tener que vivir siempre allí, obligado á crearme una existencia.

El pobre animal humano, que nace mal armado para la vida, aunque la civilización ponga á su alcance toda clase de medios de



LOS ANDES DE MENDOZA Y EN EL FONDO DEL VALLE LA ALDEA DE LAS CUEVAS